

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Revista local.—Un casamiento perdiendo pié.—Cecilia, novela por D. Eugenio de Ochoa.—Geroglífico.

Los Sres. Suscritores que deseen que en los patrones mensuales que damos aparezcan algunas cifras, dibujos ó adornos de su predilección, pueden enviar una indicación á nuestra Administración, y desde luego serán complacidos.

REVISTA LOCAL.

Atravesamos una de esas épocas durante las cuales no sucede nada en Cádiz. Los forasteros, que en gran número han favorecido á nuestra población este verano, acaban de tomar cuarteles de invierno; uno de los teatros casi no existe ya, otro se encuentra cerrado, y el tercero no nos ha dado novedad alguna dramática ya hace muchos días. Ardua, por tanto, es la empresa de ofrecer hoy á nuestros lectores una revista local, puesto que en rigor deberíamos dar á este artículo el epígrafe siguiente: *Proyectos, esperanzas y tropiezos.*

Y en efecto, el primer proyecto con que nos topamos es el indicado con cierto rebozo por los periódicos de la plaza. Ignoramos si este rebozo nace de diplomacia ó meramente de no saber lo que en rigor se proyecta, aunque nos inclinamos á pensar esto último. Al decir de ellos, se trata nada menos que de surtir de aguas á Cádiz; pero no así como quiera, sino hasta el punto de establecer fuentes públicas. La cosa merece ciertamente el ocuparse de ella.

Nosotros hemos visto surgir tantos pro-

yectos de estos cuantos han sido los años escasos de lluvias. Semejantes ideas surgen siempre de los aljibes cuando están vacíos. El primer barril de agua del Puerto que compramos es el primer rayo de luz que mueve en nosotros el deseo de buscar remedio á la escasez que aqueja á la población, y entonces estamos predispuestísimos á acoger con el interés mas vivo cuanto se relaciona con la traida y surtido de aguas. Entonces se desentierran todas las antigüedades de Cádiz para buscar en ellas noticias relativas al acueducto de Tempul, se medita sobre las causas del mal éxito del pozo artesiano, se revuelven papeles para desentrañar los pormenores del pensamiento de construir aljibes en las naves de la muralla, y de seguro nunca faltan memorias dirigidas á la municipalidad, en las cuales, despues de probar que no hay agua, cosa que todos saben, concluyen por dar seguridades de traerla, si bien reservándose el cómo y el de donde, que es lo que verdaderamente importa.

En prueba de ello recordaremos lo que hace algunos años aconteció con motivo de una sequía semejante á la de ahora. Presentóse al Ayuntamiento un proyecto para proveer de aguas á Cádiz; pero en abundancia tal que afirmaba faltaria antes á sus murallas el oceano. Al efecto acompañó el autor sus condiciones, las cuales comprendian mas artículos que el protocolo de Viena. Prestóse á aceptarlas aquella corporación, y en su consecuencia se reveló el gran secreto, el cual consistia en que todos los habitantes de Cádiz bebieran agua del pozo.

Pero entonces, lo mismo que siempre,

lo mismo probablemente que ahora, pasaron uno ó dos meses, llovió, los aljibes recibieron agua suficiente para la provision de la casa, y ya nadie volvió á acordarse para nada de Tempul, ni del acueducto, ni de los pozos artesianos, cumpliéndose aquí aquello de no acordarse de Santa Bárbara sino cuando truena.

Hemos dicho que el teatro Principal está cerrado. Sin embargo, corren voces de que hay para él grandes proyectos, aunque nadie sabe á punto fijo una palabra. Todos esperan, y todos se lamentan de que nada se haya hecho aun. Hay quien dice que va á venir una compañía de ópera, que es como el rosquete que se le ofrece al chico para que vaya á la escuela sin llorar; pero demos de barato que la ópera venga. ¿Irá despues á verla ese mismo público que hoy á gritos se queja porque no la tiene? ¿Se aburrirá cuando le repitan alguna tres veces? Esta es la cuestion.

Despues de haber hablado de *proyectos* y de *esperanzas* deberíamos decir algo de *tropiezos*, que es el tercero de los temas de nuestro artículo; pero es el caso que el tropiezo que acaba de surgir relativamente al jardin de las Delicias, y del que se está ocupando la prensa, nos parece de naturaleza tal que para su resolucion hallamos mas preferible que otra alguna la via amistosa y conciliadora, toda vez que fuera un agravio suponer en nadie mala voluntad ó mero deseo de dañar por solo dañar. Esto de romper lanzas es cosa á que no debe apelarse sino en último extremo, y nos lisongeamos con la esperanza de que á tal extremo no ha de llegarse ahora.

Pero si la fortificacion juzga de su deber el que se mantengan despejados sus fuertes, lo primero que debiera impedir es el tránsito por el radio de sus fuegos de las mujeres que llevan miriñaques, puesto que cada una de ellas es una trinchera ambulante. Es en efecto prodigiosa la resistencia que presentan las nuevas telas que acaban de confinirse en Lyon y que se destinan al hinchamiento del bello sexo. Ahora, segun los periódicos, acaban de inventarse unos ahuecadores que pueden disminuir ó aumentar

á voluntad mediante un complicado mecanismo interior. La operacion la egecuta la misma persona que lo lleva, y al efecto se vale de una llave ó manúbrio, como se hace con el gas en el teatro. No hemos podido adivinar el sitio en que habrá de colocarse esta llave para que no parezca cosa mala.

Tambien se ha principiado á dar en otra gracia, y es en la de ponerse las jóvenes en la cara una capa de polvos, haciéndolas parecer pescadillas que van á entrar en la sartén. Solo falta que las frian; pero si llegan á creer que es moda son muy capaces de dejarse meter vivas en aceite hirviendo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

UN CASAMIENTO PERDIENDO PIE.

No dice la historia donde tuvo lugar el lance que vamos á referir; pero entendemos que esta circunstancia ni quita ni pone á la exactitud del relato. La cosa fué como sigue.

El caballero A. B. C. D. y la señorita E. F. G. H. eran dos jóvenes que no se habían visto jamás, puesto que vivian en distintos pueblos. Esto no obstante, antiguas relaciones de familia y graves motivos de mútuo interés hicieron nacer en los padres de ambos el proyecto de casarlos, y como él sabia que la novia propuesta era bella al par que honesta, y como además la novia no ignoraba que el tal era tan buen mozo como honrado, aceptaron uno y otro de buena voluntad una boda, que por otra parte y respecto á intereses á ambos les estaba bien.

Dispúsose todo de forma que al llegar el caballero A. B. C. D. no hubiese mas que echarse las bendiciones, y el dia prefijado la señorita E. F. G. H. esperaba á su futuro como suele decirse de veinte y cinco alfileres. La parte mas notable de su equipage de boda era, segun ya puede suponerse, un fornido ahuecador; pero ahuecador monstruo en su forma, duro, implacable, rigido y agresivo en su mate-

ria. El novio al entrar, aturrullado con el paso que le esperaba, no paró su consideración en la enormidad del paréntesis en que estaba encerrada su futura, y á los pocos momentos se principió la ceremonia.

Aquí fué Troya. Al ir á darse las manos se echó de ver que era imposible. Vanamente alargaban ambos los brazos. Por mas que hicieron esfuerzos inauditos ni aun lograban con mucho tocarse las puntas de los dedos. El biombo femenino no cedía una línea.

En este apuro hubo de tomarse una resolución extrema. Fueron á buscar á la esquina cuatro forzudos gallegos, los cuales suspendieron en alto al presunto marido, y colocándolo horizontalmente á guisa del que se echa á nadar, pudieron así aproximarlo á la novia lo bastante á que se alcanzaran entrambas manos; mientras él con ahogada voz, como aquel á quien le aprietan el estómago, pronunciaba entre sudores y congojas el anhelado *sí quiero*.

Así se verificó el casamiento del caballero A. B. C. D. con la señorita E. F. G. H.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CECILIA.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

—Calla, te digo.

Y estrechó á Cecilia entre sus brazos.

—Deje Vd. correr esas lágrimas, Cecilia, que eso la desahogará. Creo que no la faltan á Vd. pesadumbres, pero si está en nuestra mano ya veremos de consolarlas. No somos ricos, pero partiremos de buena gana nuestra pobreza con Vd. y la niña, y lo que comamos de ménos lo tendremos de mas en alegría. Vd. hará de mi hijo el mas feliz de los maridos y de mí la mas feliz de las madres. Bien sé que ha conocido Vd. tiempos mejores, pero ¿qué se ha de hacer? el dinero viene y se va como le da la gana.... no hay que contar con él para ser dichoso, sino solo con los corazones que á uno le quieren: no quiero hostigarla á Vd., hija mia; es preciso pensarlo todo bien

y no precipitarse, pero ello al cabo habia que decirselo á Vd., puesto que de Vd. depende.

La anciana mezclaba sus lágrimas á las de Cecilia, mientras Ricardo, arrodillado delante de ella, la estrechaba una mano entre las suyas.

—Cecilia, dijo, permítame Vd. que yo tambien la repita que la amo, que la felicidad ó la desgracia de mi vida dependen de la palabra que Vd. va á pronunciar. No puedo ofrecer á Vd. una suerte brillante, ya mi madre se lo ha dicho á Vd.; pero jamás encontrará un corazón mas enamorado que el mio.

—Le creo á Vd., dijo Cecilia, leyendo en los ojos de Ricardo la sinceridad de sus palabras, y sé que su esposa de Vd. será feliz.—Mañana responderé: concédame Vd. un día, Ricardo.

Así se convino.

Al día siguiente, la frutera volvió á su casa segun costumbre al anochecer. Llamó á la puerta de Cecilia y nadie respondió.

Mientras estaba preparando la comida de su hijo, creyó oír pasos en el corredor y abrió la puerta.—Me habré engañado, dijo no viendo á nadie.

Al poco rato, volvió Ricardo de su taller. Pasó otro cuarto de hora y tampoco llegó Cecilia.

En esto resonó un gran ruido de pisadas en el oscuro corredor. Ricardo acudió con luz, seguido de su madre, y se hallaron cara á cara con tres personas, Roberto, Frumencio y Pedro.

—Cecilia! gritó Frumencio fuera de sí—¿cual es su cuarto?

—Ese, respondió Ricardo señalando la puerta, pero ha salido:—

La frutera habia reconocido á los avaros.

—¿Qué se les ofrece á Vds.? les preguntó con no muy buen modo.

Ambos se habian precipitado hácia la puerta indicada que abrieron sin dificultad, entrando al punto en la estancia.

—Estaba abierta! exclamó Ricardo sorprendido.

Y entró tambien con su madre.

Todos recorrieron la estancia con inquietos ojos. Frumencio, el primero, vió un papel doblado como una carta encima de una mesa: el sobre decia: PARA RICARDO. Frumencio, sin reparar en ello, abrió el papel y lo leyó.

Era la respuesta de Cecilia al jóven. En ella confesaba que le queria, pero no podia resolverse á imponerle la pesada carga de una mujer y una niña cuando tan á duras penas ganaba la vida.... Hablaba de profundas y secretas amarguras, de su vida consagrada á la desesperación, del cansancio de la tumba;—su carta era una mezcla de amor, de dolor y de delirio.—Cuando lea Vd. estas palabras, Ricardo, decia al concluir, mi hija y yo dormiremos para siempre en las aguas del Sena.

Imposible seria espresar cual fué en aquel momento la desesperación de las personas reunidas en aquella pobre estancia. Pedro cayó de rodillas y sus dedos se crisparon en el borde de la

mesa, la casualidad hizo que tocasen la pluma con que Cecilia había escrito y que estaba todavía mojada de tinta. Esta circunstancia le sugirió de pronto una idea:—Aun no está seca la tinta, luego no hace mucho que Cecilia ha escrito y.... acaso.... corriendo mucho.... se llegaría á tiempo.... ¡Débil esperanza!.... pero....

—¿Quién, Dios mío, quien había podido decir que aquel pobre muchacho era idiota?

En cuanto Pedro tartamudeó aquellas palabras, todos prorumpieron á una voz en el grito de: al Sena! al Sena!

En cuatro palabras se concertó que lo que había que hacer era ir corriendo al muelle, y allí dividirse y vigilar todas las calles que conducen á él. La distancia era grande: Cecilia cargada con su niña, podía no haber llegado aun.... Todos echaron á andar, inclusa la anciana madre de Ricardo.

Llegado que hubieron al muelle cada cual se apostó á la salida de una calle; todos los ojos exploraban con angustia las orillas del río; todos los corazones latían fuertemente.... Apenas pasaba un alma por aquel sitio; el cielo estaba muy nublado y soplaban un viento glacial.

—Dios mío! exclamó Ricardo, somos pocos... sería menester que alguno nos ayudase.

En esto vió á un caballero de cierta edad que pasaba no lejos de él. En dos palabras le explicó de lo que se trataba.

—Bien, bien, dijo el caballero, una joven pobremente vestida con una niña de tres años; se llama Cecilia... estoy enterado, y voy corriendo. Y en efecto, echó á correr para colocarse en el punto en que podía ser útil.

Preciosa idea tuvo Ricardo, pues aquel caballero fué el que vió á Cecilia, la alcanzó, la asió del brazo y la condujo á sus amigos.—¿Qué delirio de alegría! los abrazos, las caricias, las explicaciones, las lágrimas se cruzaban, se confundían.—Al fin llegó un poco de calma: Cecilia y su hija tomaron el camino de aquella casa pater-

na por tanto tiempo cerrada para ellas, despues de haber cuidado todos de tomar el nombre y las señas del servicial caballero cuyo auxilio había sido tan eficaz.

Ricardo y su madre se volvieron tambien á su casa.

—En fin, se ha salvado, exclamó el joven; pero para mí es perdida!

—¿Quién hubiera creído, murmuraba su madre, que esos dos avaros eran el padre y el abuelo de Cecilia?

¿Cómo decir las escenas de éxtasis y de ternura de que fué teatro la casa vieja del callejón?

Entónces Roberto y Frumencio supieron lo que siempre habían ignorado, esto es, que Cecilia había quedado viuda al año de casada, y que la mala conducta de su marido la había dejado en la miseria.—¿Por nuestra culpa! por nuestra culpa exclamaron. Todo se reparará, hija mía.

Aquella noche Ricardo durmió poco: á la mañana siguiente se sintió incapaz de acudir al trabajo y su madre se quedó asistiéndole. — A cosa de mediodía llamaron á la puerta y entró Frumencio.

(Se concluirá.)

Solucion del geroglífico anterior.

Los romanos tenían el río Rubicon para guardar á Roma de la soldadesca.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica, á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

